

**DE DIAGNÓSTICOS SOMBRÍOS Y FANTASÍAS REGENERADORAS.  
LA CAMPAÑA BONAERENSE EN EL IMAGINARIO REFORMISTA PORTEÑO**

Claudia Freidenraij – Invierno de 2013

## INTRODUCCIÓN

El último cuarto del siglo XIX fue un período de promesas e incertidumbres. La inmigración masiva, el afianzamiento de un modelo de producción de bienes primarios para el mercado externo, la configuración de múltiples agencias gubernamentales y la consolidación progresiva (aunque no por eso menos conflictiva) de un Estado con vocación centralizadora se combinaron para dar como resultado una sociedad contradictoria, tensionada por las nuevas relaciones sociales sobre las que se asentaba el proceso modernizador.

En ese marco, la ciudad de Buenos Aires experimentó un proceso de metropolización característico de una ciudad puerto que, desde su federalización en 1880, fue asiento de las autoridades nacionales y espacio de concentración de las actividades burocrático-administrativas; ámbito de tránsito perpetuo de mercaderías, hombres y bestias que entraban y salían; ciudad crecientemente manufacturera, en la medida en que recibía, alojaba y abastecía a miles de inmigrantes de ultramar que anualmente llegaban al país.

Así, en esa sociedad compleja, en constante crecimiento y transformación, la niñez de las clases trabajadoras urbanas se constituyó en objeto de múltiples discursos e intervenciones. De la policía a los Defensores de menores, de las matronas de la Sociedad de Beneficencia a los caballeros del Patronato de la Infancia, de los médicos higienistas a los educacionistas y criminólogos, encontramos un variopinto arco de funcionarios e instituciones que actuaron en el campo de lo que ellos mismos denominaron la “infancia abandonada y delincuente”. Esa constelación incluía fundamentalmente a niños pobres, trabajadores ellos mismos, con una errática relación con la escuela –institución para la niñez por excelencia que consagra su lugar en el universo de la cotidianeidad infantil porteña con la Ley de Educación Común de 1884. Sus formas de sociabilidad, circulación y conducta poco tenían que ver con lo que esas elites imaginaban que debía ser y hacer un niño.

En esta oportunidad, quisiéramos explorar las dos caras de una formulación clásica de los reformadores sociales del siglo XIX: los pesimistas diagnósticos elaborados en torno a la situación de la infancia plebeya perteneciente a la ciudad de Buenos Aires en diálogo con las fantasías regeneradoras que ofrecía la campaña bonaerense como medio ambiente purificador de una serie de males sociales que afectaban a la población de menor edad de los estratos sociales más bajos. Nos interesa indagar en el carácter artificial de ese imaginario así como en tres expresiones concretas que asumió. En primer lugar,

repararemos en el Sanatorio Marítimo y Solarium, así como en el Asilo Unzué, instituciones fundadas en la localidad de Mar del Plata por la Sociedad de Beneficencia en los últimos años del siglo XIX. En segundo lugar, nos enfocaremos en la Colonia agrícola industrial que el Patronato de la Infancia inauguró al comenzar el siglo en la localidad de Claypole. Finalmente, nos detendremos en la Colonia de Menores Varones (luego denominada “Ricardo Gutiérrez”, en honor al pediatra fundador del Hospital de Niños) que inauguró el poder ejecutivo nacional en la localidad de Marcos Paz promediando la primera década del nuevo siglo.

## UNA CIUDAD VICIADA

2 Como cualquier metrópolis de su época, Buenos Aires fue hacia fines del siglo XIX y principios del XX una usina de temores y ansiedades vinculadas a las contradicciones sociales nacidas del impulso modernizador. El término “cuestión social” es una expresión que, utilizada por los actores sociales de la época, ha sido retomada por los historiadores para dar cuenta de esas preocupaciones. Entre la maraña de problemas que encierra la “cuestión social” se recortan con cierta nitidez la cuestión de la vivienda popular, la salud y la salubridad públicas, el orden urbano, la pobreza, las actitudes reactivas de la clase trabajadora (con sus manifestaciones que iban de la sociedad de socorros mutuos a la agremiación, del mitin a la huelga), las epidemias, la delincuencia, la vagancia y la prostitución. Consecuencia indeseada del proceso de inserción de la Argentina en el mercado mundial, estos problemas eran eminentemente cuestiones urbanas, que se hacían presentes en la ciudad y que, por lo tanto, colaboraron en los diagnósticos sombríos que sobre ella se elaboraron.

La creciente cantidad de niños, niñas y jóvenes en el espacio público llamó la atención de hombres y mujeres de la alta sociedad que actuaban en instituciones caritativas y diferentes reparticiones del Estado municipal y nacional. Un grupo heterogéneo de estos personajes vinculados a diferentes tendencias del arco político, se erigieron como ‘especialistas’ en el tema, es decir, se forjaron un lugar de privilegio dentro del entramado social desde el cual fueron habilitados por sus pares para intervenir sobre aquello que denominaron el problema de la “infancia abandonada y delincuente”. Médicos, abogados, pedagogos, jueces, defensores de menores, policías, criminólogos, administradores penitenciarios, funcionarios públicos y filántropos de diverso cuño se instalaron así como una “elite moral” capaz de hacer valer sus pareceres y gestionar respuestas.

Los diagnósticos acerca del sector más vulnerable de la infancia fueron formulados en clave de su salud, tanto física como moral. En sus argumentaciones una y otra son difíciles de escindir. Los niños pobres fueron pensados como víctimas de un ambiente urbano insalubre. En él se incluían el conventillo, la calle y la fábrica. Esos espacios –sobre todo los

dos primeros- fueron percibidos como espacios malsanos que ponían en peligro al “capital humano de la Nación” (Colángelo).

3

En los conventillos se criaban niños enfermos y débiles, amenazados tanto por enfermedades fácilmente transmisibles como por las promiscuas relaciones que forzaba la apretada sociabilidad de la casa de inquilinato. Allí la ausencia de higiene, el aire viciado, la falta de ventilación y de luz solar, las habitaciones atestadas, la escasa y mala alimentación conspiraban para minar su salud física. En estas condiciones, la aparición de epidemias, las malas condiciones higiénicas, las deficiencias en la recolección de basuras, la falta de cloacas y agua corriente, las calles de tierra, las inundaciones y los pantanos se combinaban para respaldar los lúgubres juicios acerca de las condiciones en que se desarrollaba la infancia de las clases trabajadoras. A su vez -argumentaban los especialistas- la falta de control de unos progenitores demasiado ocupados en ganar el sustento diario dejaba librada a la suerte la crianza de los hijos, que crecían sin autoridad adulta, sin cuidados y sin límites. Desde esta perspectiva, el camino que llevaba del abandono moral de estos menores a su caída en la “mala vida” era directo. No había, prácticamente, distancia entre la habitación del conventillo, el patio y la calle. La negligencia paterna explicaba -a los ojos extrañados de la elite- la cantidad de chiquillos que pululaban por la ciudad, que andaban “suelos” por las calles y plazas, vagando en bandadas, alborotando a su paso y molestando a los transeúntes unos, otros vendiendo diarios o lustrando calzado para ganarse el pan. Entre ‘abandonados’ y ‘delincuentes’ poca diferencia había: una sola oportunidad bastaba para que entrasen en “malas compañías” y se iniciasen en una vida licenciosa, dedicados al hurto o como auxiliares en bandas de delincuentes mayores, razonaban los especialistas.

Sucedía también que muchas veces la misma necesidad empujaba a estos niños al trabajo en las calles (canillitas, lustrabotas, vendedores ambulantes, mensajeros, mandaderos) o en fábricas y talleres. Si bien en términos abstractos el trabajo era bien visto por los miembros de la elite, hubo voces disonantes -sobre todo, de los socialistas- que señalaron los peligros a los que eran sometidos los pequeños trabajadores de la industria del fósforo, que se intoxicaban a diario con azufre, o de los obreritos de la industria del vidrio, entre los que primaban las enfermedades respiratorias y la deformación de los carrillos de tanto soplar. Algunas de estas preocupaciones fueron recogidas por la ley reglamentaria del trabajo femenino e infantil de 1907, pero el trabajo realizado a domicilio, así como el servicio doméstico y el trabajo callejero quedaron fuera de toda regulación legal.

En este marco, los niños pertenecientes a familias proletarias fueron objeto de preocupación e intervenciones variadas. De la creación del Cuerpo Médico Escolar en 1888 -cuya labor estaba tan atenta al peso y talla del futuro de la Nación- a la instalación de las escuelas y colonias para niños débiles en 1909 en los espacios verdes de la ciudad, los niños pobres urbanos estuvieron en la mira. Tanto desde el Estado como de sectores particulares se tomaron iniciativas que tendieron a sustraerlos de esos ambientes

considerados nocivos. Si bien los asilos, orfanatos, correccionales y reformatorios fueron principalmente instituciones urbanas, poco a poco fue ganando terreno la idea de que la propia ciudad promovía la degeneración física y moral y que, por consiguiente, se lograría una rehabilitación más efectiva trasladando a los menores a un ambiente más propicio: el campo.

#### LAS BONDADES DE LA CAMPAÑA BONAERENSE

Las representaciones de las 'elites morales' respecto de las cualidades civilizatorias de la campaña bonaerense en la terapéutica de los niños "abandonados y delincuentes" no fue automática. Se debió transitar primero la fractura del ideal urbano, cosmopolita y babélico, a cuya inestabilidad colaboró la crisis económica de 1890 y sus manifestaciones sociales. Así, la visión de la pampa se positivizó convirtiéndose en el revés de la ciudad viciada, en el espacio incontaminado, reservorio de valores puros, de una esencia nacional convenientemente rescatada por las elites frente al aluvión inmigratorio.

Los publicistas de las obras filantrópicas y asistenciales para la infancia pobre gustaron de presentar sus argumentos a favor de las colonias rurales en oposición abierta a los males de la ciudad. Contraponían el bullicio urbano al reposo y la placidez de los días tranquilos, gozando "del aire incontaminado de la campaña"; enfatizaban las bondades del clima despejado y del viento purificador frente a la atmósfera caldeada de la vida citadina (M. Arana, p. 24).

Si el campo ocupó ese lugar privilegiado en la terapéutica para la "infancia abandonada y delincuente" fue porque los diagnósticos habían colocado a los factores ambientales en el centro de sus argumentos. Así como el conventillo y la ciudad se habían configurado como un manantial inagotable de patologías sociales, el campo comenzó a cargarse de significados positivos: el sol, el aire y la tierra dejaron de ser simples elementos de la naturaleza para convertirse en factores vitales de la rehabilitación de niños enfermos y débiles -tanto en términos de su salud física como de su situación moral-.

En esta perspectiva, el cambio de vida y de ambiente (con el consecuente alejamiento geográfico de la ciudad y el apartamiento de las relaciones sociales habituales, de las malas influencias, de las familias, de la miseria misma) eran vistas como factores determinantes de las modificaciones en el carácter de los menores díscolos, vagabundos y delincuentes. El contacto cotidiano con las tareas rurales, la alimentación (que se prometía nutritiva y abundante), el sueño reposado, la vida regulada y ordenada se preveían como antídoto para los niños que llegaban de la ciudad raquíuticos, desnutridos, escrofulosos, tuberculosos, víctimas del alcoholismo y el tabaquismo que arrastraban como parte de su herencia mórbida. Pero incluso cuando se tratara de niños físicamente sanos, se argumentaba que antes de los diez años las criaturas eran constitucionalmente débiles y

delicadas y requerían del aire, del sol, del ejercicio físico para que crecieran “sanos, robustos y de inteligencia despejada” (Anales..., 1899, p. 322). Para las elites morales, el campo era una utopía cargada de promesas.

#### LAS OLAS Y EL VIENTO. DEL SANATORIO MARÍTIMO AL ASILO UNZUÉ

Institución pionera en señalar los beneficios del cambio de ambiente en el tratamiento de ciertas enfermedades infantiles, la Sociedad de Beneficencia inauguró en 1893 el Sanatorio Marítimo en Mar del Plata. La iniciativa respondía a las recomendaciones de los directores médicos de la Casa de Expósitos, que señalaron tempranamente la conveniencia del clima marítimo en los niños convalecientes. Así fue como llegaron, en tren, los primeros 49 niños “desvalidos y enfermos” de la Casa de Expósitos.

Si bien funcionó en un principio sólo en el período estival, a partir de 1900 permaneció abierto todo el año. Según sus autoridades, esta decisión estaba atada a la comprobación de que no eran solo los baños y el calor lo que producía efectos beneficiosos en los niños albergados, sino también el aire, el sol y el viento.

5

Tras varios años, sus médicos estaban convencidos de que la terapia solar era fundamental, tal como lo demostraban las curvas de peso y talla de los niños, que acusaban con frecuencia aumentos de seis a ocho kilos en el término de un año. El sanatorio tenía un severo esquema ordenador de la vida de los niños internados, en donde la exposición gradual y progresiva a los rayos solares era sólo un vector; el otro era la gimnasia respiratoria. El tiempo y las actividades infantiles estaban rigurosamente detallados: las horas de playa, las comidas, los juegos, los baños de sol, las horas de descanso estaban celosamente vigiladas por las Hermanas del Huerto, que trabajaban bajo la mirada de las matronas de la Sociedad. Como ha señalado Armus oportunamente, el discurso higiénico tejió progresivamente una trama de valores que excedía la cuestión de la enfermedad y que se instaló cómodamente en el terreno de la moral, lo cual explica su carácter fuertemente prescriptivo de las actitudes y conductas.

Con el tiempo, las instalaciones del Sanatorio –que en un principio se instaló sobre la base del antiguo Hotel Alemán de Mar del Plata– se fueron ensanchando. Y también empezaron a recibirse contingentes de niños de ambos sexos de entre tres y doce años, que eran cuidadosamente escogidos de los establecimientos que la Sociedad de Beneficencia dirigía en la capital para pasar una temporada de cuatro meses en el Sanatorio. Llegaban transportados gratuitamente por el Ferrocarril del Sud para gozar de los beneficios de una colonia de vacaciones que procuraba fortalecer la salud de niños débiles, que habían tenido una alimentación deficiente durante su primera infancia o que poseían “taras hereditarias”. Se los albergaba en un pabellón especial, en donde llevaban una vida “higiénica y reglada”, separada de las salas de enfermos.

Ya en la segunda década del siglo XX, al Sanatorio se sumó el Solarium –un nuevo establecimiento que complementaba al anterior, destinado exclusivamente a la cura de la tuberculosis ósea- y el Asilo Unzué. En 1912, gracias a la donación de la acaudalada familia de Saturnino Unzué, se puso en pie un monumental edificio frente al mar con capacidad para 300 niñas pobres, bajo la dirección de la Sociedad de Beneficencia. Las hermanas franciscanas de María se pusieron al frente del establecimiento, que daba los primeros seis grados de instrucción y múltiples talleres de labores consideradas como apropiadas para las niñas (diferentes tipos de bordados y labores, así como lavado y planchado). Se esperaba que tras el paso por el Asilo, las “niñas débiles” saldrían fortalecidas, devolviendo a la sociedad “mujeres fuertes y más tarde aptas para la maternidad”. En el acto inaugural, la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, Elena Napp de Green, enfatizaba el papel regenerador que estaba llamado a emprender este nuevo establecimiento y en el favor que habrían de sacar las asiladas “de las comodidades del amplio edificio, de las condiciones de la localidad y del sano ambiente moral que las rodea” (Correa Luna, p. 302).

Los establecimientos marítimos de la Sociedad de Beneficencia fueron los primeros en buscar fuera de la ciudad las recetas que mejorasen la suerte de niños y niñas, sanos o enfermos, sin distinciones. La costa atlántica bonaerense fue el paisaje elegido para ensayar una terapia común a todos ellos: la del cambio de aire.

6

#### **“UN ALMÁCIGO DE HOMBRES ÚTILES Y LABORIOSOS”. LA COLONIA AGRÍCOLA DE CLAYPOLE**

Promotor de los beneficios de la campaña para la moralización de los niños, el Patronato de la Infancia planteó tempranamente el primer proyecto de colonia agrícola. Bajo la firma de Benjamín Dupont, comenzó en 1892 un ida y vuelta de proyectos legislativos que recorrieron toda la década buscando el apoyo del gobierno nacional para la instalación de una “escuela práctica de agricultura y de moral” en la provincia de Buenos Aires.

Las dilaciones de múltiples funcionarios y administraciones hicieron que los caballeros del Patronato gestionaran infructuosamente la cesión y el usufructo de varios terrenos en los partidos de San Martín, Lomas de Zamora, Santa Catalina y hasta el actual barrio de la Chacarita. Pero las sucesivas negativas y fracasos en las negociaciones terminaron por decidirlos a comprar una chacra de 200 hectáreas en la localidad de Claypole, por entonces un paraje rural que se hallaba a treinta minutos de la capital por el Ferrocarril del Sud, una localidad que se pensaba como beneficiaria de todas las cualidades de la campaña, pero ubicada a las puertas de la ciudad.

Hacia 1900 comenzó a funcionar, muy lentamente, la primera colonia agrícola argentina, inspirada en la célebre colonia correccional de menores de Mettray, fundada en Francia por el Dr. Demetz en 1839.

Para las autoridades del Patronato de la Infancia, que también gestionaban establecimientos asilares en la ciudad de Buenos Aires, la Colonia de Claypole supuso la concreción de una fantasía agraria que llevaba varios años siendo acariciada. Sus promotores ligaron la regeneración moral de los pequeños asilados a las necesidades siempre insatisfechas de mano de obra en una Nación “donde existen zonas inmensas de tierra sin cultivo” (Anales..., 1900, p. 76). Así, en sus argumentos, el futuro de los colonos estaría asegurado tras haberse convertido, gracias a su paso por la Colonia, en agricultores contraídos y con hábitos de trabajo. De este modo, la Colonia era presentada como una obra de acción patriótica en la medida en que el trabajo de los entonces débiles y extraviados niños, convertiría pantanos y pastizales plagados de maleza en ricas sementeras donde crecería y maduraría el trigo. Simultáneamente, la unión con la naturaleza, el aprendizaje de sus ritmos y secretos, el contacto con el agua, el sol y la tierra en las faenas rurales, convertiría a seres descarriados y sin horizontes, en hombres fuertes y rectos, trabajadores sudorosos y ascéticos responsables de la grandeza de la Nación. Desde este punto de vista, las relaciones entre la “infancia desvalida y delincuente” y la campaña bonaerense sólo podía redundar en beneficios para la Nación.

7

Los argumentos de las autoridades del Patronato de la Infancia se emparentan irremediabilmente con los de los médicos y matronas de la beneficencia pública: cargando las tintas contra el hacinamiento de los grandes asilos urbanos, que amontonaban niños sin orden ni concierto, contraponían a ello las bondades de la campaña, la importancia que ella tenía para la infancia, que “necesita llenar sus pulmones de aire puro, necesita gimnasia, movimiento, sol!” (Anales..., 1900, p. 311). Pero a su vez, la reeducación de estos niños en el medio rural era concebida como más barata, más productiva, más higiénica.

Los primeros pobladores de la Colonia agrícola de Claypole fueron once niños, de entre 12 y 19 años, que partieron de la Escuela de Artes y Oficios que dirigía el Patronato de la Infancia en el barrio de San Telmo de la Capital. Llegaron junto su director, el Sr. Galarza, y pronto empezaron a roturar la tierra y a plantar legumbres y hortalizas. Más adelante se sumarían niños y jovencitos provenientes de la penitenciaría y de las defensorías de menores que venían a hacer realidad la cruzada contra la mendicidad y la vagancia infantil, haciendo de la Colonia una institución “preventiva”. Pero la capacidad de albergue estuvo sujeta a los ritmos que el presupuesto del Patronato admitía. Así, a principios de 1902 ya se contaba con treinta niños alojados, y hacia el centenario se terminó un nuevo pabellón que permitía asilar a 250 criaturas.

Pero mientras tanto, las autoridades del Patronato de la Infancia hacían de las carencias virtud. Ante la falta de ayuda oficial los socios hicieron uso de sus capitales sociales y

salieron en campaña para obtener donaciones. Su posición social les facilitó el acceso a cabezas de ganado, gallinas y aperos de labranza que fueron donados por varios miembros de la Sociedad Rural. La presencia de una laguna natural con peces y de árboles frutales alimentó la fantasía del autoabastecimiento que desde el principio desarrollaron las autoridades del Patronato. En miras a la economía, se preveía que el proceso de remodelación y mejoramiento de las instalaciones podría autosolventarse. Se pretendía que los mismos niños, aprendices del taller de carpintería de la Escuela de Artes y Oficios, fabricaran desde la carpintería hasta el mobiliario. Incluso se llegó a fantasear con la contratación de maestros horneros que con la ayuda de los asilados de mayor edad fabricasen los ladrillos con que se harían las construcciones. Convencidos de que una buena administración y trabajo duro bastaban, elaboraron varios artículos periodísticos que alentaban el ideal de la autosuficiencia, pergeñando una institución modelo que funcionara como un pequeño pueblo, una comunidad cerrada que no necesitara del afuera y que restringiese esos vínculos al mínimo indispensable.

#### **“EL MÁS AMABLE DE LOS PUEBLOS VERANIEGOS”. LA COLONIA DE MARCOS PAZ**

8

La Colonia de Menores Varones de Marcos Paz, más tarde rebautizada con el nombre de Colonia Hogar Ricardo Gutiérrez, fue el primer establecimiento correccional de tipo rural que erigió el gobierno nacional en 1905. Edificada en la cabaña “La Laura”, hasta entonces perteneciente al general Bosch, ocupaba 700 hectáreas a unas dos horas de la ciudad de Buenos Aires. Sus limitadísimas comunicaciones con la ciudad y su situación de aislamiento en medio del campo colaboraron en la decisión del Ministerio de Justicia de la Nación de instalar allí este nuevo establecimiento.

La Colonia de Marcos Paz fue ideada para albergar, indistintamente, a niños y jóvenes varones de entre 8 y 17 años, encausados o condenados por delitos, depositados por los defensores de menores, enviados por la policía por hallarse “moral o materialmente abandonados”, remitidos por los jueces civiles en “corrección paterna”, huérfanos colocados por sus tutores y enviados por padres indigentes con autorización del Ministerio de Justicia.

Para un intelectual de la época, la colonia de Marcos Paz, con su “vida holgada y tranquila”, era la solución ideal para los “pequeños vagos y viciosos de nuestra capital”: era “el fin de todas las incertidumbres y todas las necesidades” (Gache: p. 171). El contacto con la naturaleza en la Colonia hacía su alquimia y transformaba al sujeto “por su sola virtud”.

Es importante comprender que estas visiones estaban vivamente impresionadas por las condiciones en que llegaban los niños de los asilos, cárceles y depósitos de la ciudad. Semidesnudos, famélicos, enfermos, empujados entraban por ‘tandas’ o ‘partidas’. Se los

alimentaba profusamente; se los bañaba, rapaba y vestía 'con dignidad' y se los observaba por espacio de un mes: era el período de "desinfección moral" (M. Arana, p. 14). De esa fase de estudio y clasificación inicial se los pasaba a una de las casas-hogar que funcionaba en base a la reunión de grupos de niños bajo la autoridad de un matrimonio, cuya dinámica se creía imitación de una familia. Los niños de cada hogar asistirían a una escuela situada "a distancia aparente", donde se encontrarían con los compañeros de otras casas. Por las tardes, se trabajaría en la "tierra abierta" y con la caída del sol volverían a casa por las calles arboladas cuyos nombres invocan a la *Nobleza*, la *Bondad*, el *Trabajo*, la *Energía*, la *Perseverancia*, la *Patria*, el *Maestro* y el *Deber*. El resultado eran muchachos de aspecto sano, vigoroso y alegre, sin uniformes, en pleno contacto con la naturaleza. "Aquellos malos sujetos del vicio urbano -argumentaba Gache- volvían a ser niños en el campo".

Aquí también el sueño del «self-government» y la autarquía se anudaron al ideal de la regeneración por medio del trabajo, cosa que se manifestó en la lenta pero nada desdeñable serie de talleres que se fueron montando, en los que se practicaba desde la producción de quesos hasta la crianza de cerdos. Así, las múltiples villas y la tierra labrada, los talleres y caballerizas, la escuela y el mástil, la arboleda y la capilla le daban el aspecto del "más amable de los pueblos veraniegos" (M. Arana, p. 91).

9 En ese contexto, argumentaban sus defensores, la Colonia se planteaba como "una prisión de puertas abiertas", sin muros, ni rejas, ni barrotes en las ventanas. Las reducidas fugas se explicaban por la bondad de las labores agrícolas, "especialmente gratas a sus instintos libres", que amalgamaban al niño con la tierra en un plano que iba más allá de su conciencia (Gache, p. 169).

## RECAPITULANDO

Es claro a esta altura que la campaña bonaerense como espacio de regeneración de la infancia pobre fue parte de un mito elaborado desde un imaginario urbano denso, cargado de connotaciones negativas.

La oposición campo-ciudad, tándem que se volvió muy cómodo a la hora de argumentar a favor de ciertas formas de resolución de los males sociales, se volvió parte de un clima de época en los primeros años del siglo XX.

Si la ciudad era todo vagancia y mendicidad, debilidad y fatiga, frenesí y bullicio, si en el ambiente urbano reinaban la desintegración familiar y el anonimato, el campo fue dotado entonces de una laboriosidad que la naturaleza requería y despertaba en los pequeños viciosos, de la robustez y la salud que derramaba del semblante de los ex enfermitos y debiluchos; de la serenidad y la calma que se volvían parte del ritmo cotidiano de los asilados, que marchaban a tono con cadencia marcada por la naturaleza.

Sin embargo, la visualización del campo en clave regenerativa era imposible sin el apaciguamiento previo de otros conflictos, sin la eliminación de amenazas anteriores –del ‘indio’ al gaucho-. Pero una vez superados esos escollos, la campaña pudo ser objeto de múltiples operaciones de embellecimiento y beatificación. Desde las matronas y los caballeros de la beneficencia hasta los criminólogos, defensores y funcionarios de la minoridad se produjo un punto de encuentro en torno a los beneficios “del cambio de aire” para una infancia físicamente endeble (de constitución débil, mal alimentada, frecuentemente enferma, víctima de epidemias y enfermedades infectocontagiosas, heredera de los peores vicios y taras de anteriores generaciones) y moralmente desviada (niños delincuentes, viciosos, vagos, penderciersos, díscolos). Como si alcanzara el mero trasplante de los niños–esa semilla que hace falta cuidar, regar, proteger de las inclemencias del tiempo, enderezar si crece torcida- en un nuevo ambiente. Como si la naturaleza por sí sola fuese capaz de subsanar los vicios de estos niños y jóvenes de la ciudad.

Es claro que esta imagen edulcorada de la campaña bonaerense fue elaborada históricamente. Su carácter artificial se manifiesta en las distancias que esas representaciones guardaron con la realidad. Las fantasías de los reformadores del Patronato de la Infancia, sin ir más lejos, respecto de la conversión de los niños pobres de la ciudad en laboriosos granjeros que sembrarían con su trabajo la riqueza nacional obviaba el espinoso problema del acceso a la tierra en un país dominado por el latifundio. La fantasía «farmer» de los salvacionistas chocaba contra el régimen de propiedad de la tierra.

Asimismo, la existencia cotidiana de los niños en estas instituciones nos resulta todavía mal conocida, pero existen vigorosos indicios que hablan de días menos soleados y ordenados de lo que estas elites han querido mostrar. Pero esa es otra página de la historia de la infancia que aún está por escribirse.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

Cabrera Domínguez, Arturo: *La Colonia hogar Ricardo Gutiérrez*, s/d

Correa Luna, Carlos: *Historia de la Sociedad de Beneficencia. Obra escrita por encargo de la Sociedad en celebración de su primer centenario*, vol. II: 1852-1923, Buenos Aires, Talleres gráficos del Asilo de Huérfanos, 1925

Gache, Roberto: *La delincuencia precoz*, Buenos Aires, Librería Nacional, J. Lajouane, 1916

Meyer Arana, Alberto: *Colonias para menores. Bases que han servido para la organización de la Colonia de Menores Varones (Marcos Paz)*, Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1906

Pastor, Reynaldo A.: *La Colonia Hogar Ricardo Gutiérrez*, Buenos Aires, Colonia Hogar Ricardo Gutiérrez, 1933

Patronato de la Infancia: *Anales del Patronato de la Infancia*, años 1900-1909

Patronato de la Infancia: *Cien años de amor*, Buenos Aires, 1993

Sociedad de Beneficencia de la Capital: *Sociedad de Beneficencia de la Capital. Su origen y desenvolvimiento: 1823-1923*, vol. II: Dependencias; Buenos Aires, Talleres de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1924

#### PARA SEGUIR LEYENDO

Armus, Diego: “El descubrimiento de la enfermedad como problema social” en M.Z. Lobato (dir.): *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, tomo V, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 507-551

Armus, Diego: *La ciudad impura*, Buenos Aires, Edhasa, 2007

Colángelo, María Adelaida: “El saber médico y la definición de una ‘naturaleza infantil’ entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en la Argentina” en I. Cosse, V. Llobet, C. Villalta y M.C. Zapiola (Eds.): *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil. Siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Teseo, 2011, pp. 101-121

Di Liscia, María Silvia: “Colonias y escuelas de niños débiles. Los instrumentos higiénicos para la eugenesia. Primera mitad del siglo XX en Argentina” en M.S. Di Liscia y E. Bohoslavsky (comps.): *Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840-1940. Una revisión*, Buenos Aires, Prometeo-UNGS, 2005

Santolaria Sierra, Félix: “El campo educador. El retorno a la tierra y al hogar como respuesta a la infancia en riesgo social: algunas notas históricas (siglos XIX-XX)” en M. Reyes Berruezo Albéniz & S. Conejero López (coord.): *XV Coloquio de Historia de la Educación*, Pamplona-Iruñea, 2009

Stagno, Leandro: *Una infancia aparte. La minoridad en la provincia de Buenos Aires (1930-1943)*, Buenos Aires, Ed. Libros Libres, Flacso, 2010

Zapiola, María Carolina: “¿Antro o escuela de regeneración? Representaciones encontradas de la Colonia de Menores Varones de Marcos Paz. Buenos Aires, 1905-1915” en S. Mallo & B. Moreyra (coord.): *Miradas sobre la historia social en la Argentina de comienzos*

*del siglo XXI*, Córdoba/Buenos Aires, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segretti”/Instituto de Historia Americana Colonial de la Universidad Nacional de La Plata, 2008